CAPÍTULO VII

Dos importantes observaciones acerca del mismo asunto.

I

LA JUVENTUD ES EL TIEMPO PROPICIO PARA LA CORRECCIÓN DE LOS DEFECTOS

Cualesquiera que fueren los malos gérmenes ocultos en el alma del niño, jamás hacen imposible su Educación. Escrito está que Dios hizo *sanables* á los hombres: *Sanabiles fecit*. La Educación, la Educación cristiana es singularmente poderosa y eficaz, y con frecuencia ha obrado maravillas; gloria y triunfo de la Educación es venir á las manos con un natural rebelde, y vencerlo, y corregirlo, y transformarlo.

Mas en este capital negocio hay que poner manos á la obra muy desde luego; de lo contrario veráse comprometida la Educación, porque no digamos que será imposible su remedio.

En la niñez, en la juventud, todavía no han echado los defectos raíces profundas, ni han tomado gran desarrollo. Todo es aún débil y tierno. Más tarde, vendrá el hábito; y el hábito muy luego se torna se-

gunda naturaleza, cuyas consecuencias son por todos extremos terribles.

Conocida es de todos la historia de aquel solitario de la Tebaida y de su palmera; mas no será ocioso ponerla ante los ojos de los padres y de los maestros. — Queriendo hacer comprender á un mancebo la importancia de principiar muy desde luego á corregirse de sus defectos, mostróle una añosa y robusta palmera que dilataba á lo lejos su vicioso ramaje, y ordenóle arrancar aquel veterano de los desiertos; mas como el joven, tras inauditos esfuerzos, no hubiera conseguido ni siquiera menearla, mostróle el solitario otro arbolillo, recién plantado, y díjole que probase sus fuerzas en él. Pocos esfuerzos bastaron para dar en tierra con aquella palmerica.

Lo propio acaece con los defectos: en la juventud fácilmente ceden á los esfuerzos de la buena voluntad, mientras que más adelante, robustecidos, endurecidos por la edad, conviértense en naturaleza propia, y muchas veces no se los podrá arrancar sino con muchísima dificultad. Ahora comprenderéis por qué un hombre respetable por su sabiduría y sus virtudes, no menos que por su avanzada edad, hablando de la Educación de los Seminarios Menores, decía que *casi siempre lo decide todo para nuestra vida entera, en buen ó en mal sentido.* Y es la pura verdad.

En otro lugar he tratado á fondo y más en particular sobre este punto especial (1). Sólo me resta añadir una palabra: No hay que aguardar á la época de la Educación pública para corregir los defectos de

(1) *De l'Education*, t. II, lib. I, cap. VI *Del Apostolado en la Educación.*

los niños: en la misma familia, y desde luego que aquéllos principian á asomar cabeza, se los debe reconocer y combatir y extirpar, si es que se puede. Defectos hay que solo aparecen muy tarde, cuando ciertas particulares circunstancias provocan su aparición; pero la mayoría se manifiestan desde los más tiernos años, en la espontaneidad del primer abrirse de la niñez. Pues bien: desde entonces hay que tener los ojos muy despiertos y siempre atentos sobre todo lo que pueda ser indicio ó revelar algún defecto latente.

Mas ¿es ésa, por ventura, la ordinaria preocupación de los padres? Lejos de trabajar en descubrir los defectos de sus hijos, ¿consienten ni siquiera en reconocerlos cuando alguien se los señala como con el dedo? ¡Oh! cuando se trata de alguna buena cualidad que haya en estos niñitos, ¡qué ojo tan avizor, qué perspicacia tan extremada para descubrirla! Muy bien saben ver en ellos lo que tienen, y aun lo que no tienen; pero en tratándose de sus defectos, ya es otra cosa: entonces son miopes, se ciegan; la ternura paternal y maternal les ponen una venda en los ojos. Esta ceguera de los padres, más ó menos voluntaria, es de las mayores miserias que pueden aquejar á la primera Educación, ni es menos funesta la debilidad de los padres en corregir los defectos de sus hijos, cuando á la postre llegan á despuntar; su impotencia para armarse de saludable rigor á fin de enderezar estos naturales que la adulación ó muelles complacencias han más ó menos mimado.

¿No es esto lo que frecuentemente acaece con la molicie y enervación de costumbres de nuestros tiempos? La antigua severidad de los padres y madres de familia se ha relegado á la historia y es hoy en día

rarísima: comiénzase por adular al niño, por no ver en él más que una monería en punto á perfección; más adelante, cuando esta pretendida perfección aparece á la postre lo que es, de todo punto inaguantable, procuran desembarazarse de ellos.

Después de haber tomado al niño como un gracioso idolillo, y de haberse divertido con él durante algunos años, mientras la carga de la paternidad es menos pesada, cuando los goces son más intensos y vivos; y apenas la carga principia ha hacerse molesta, y luego, como los caprichos del idolillo son algo menos fáciles de satisfacer, se lo envía al Colegio ó Pensionado. Resérvanse el volverlo á ver en determinados días, el derecho de divertirlo y divertirse con él; pero con la precaución de no estarse mucho tiempo, y de poner, — antes que las dificultades hayan tenido tiempo de renacer, — los enrejados y el colegio entre el niño y los padres (1).

¡Ay! que para entonces el mal es ya inmenso, y la Educación del niño está muy comprometida: sin embargo, aun no es tiempo de desesperar. A los diez años, á los doce, puede el niño tener ya deplorables

(1) A lo dicho añade M. de Champigny, de quien tomo estas profundas observaciones, lo que sigue:

«En los primeros años prodíganse á los pies de este tiranuelo todas las solicitudes, todos los cuidados, todas las caricias, todo el fondo de ternura de que uno está provisto. Mas muy luego se agota, y se cansa la ternura, sobreviene la pereza; y en la época en que debería comenzar la Educación seria y formal, no se tiene ánimos para poner manos á la obra; el niño, muy adulado y halagado, se hace ingobernable, y los padres se apresuran á encomendar á los cuidados de públicos instructores la difícil y ruda tarea de su Educación, comenzada con tantos cariños, pero tan mal comenzada. *(De la Educación en familia.)*

hábitos; pero no serán á fe hábitos inveterados. La vida de una buena casa de Educación puede venir de presto á interrumpirlos y á abrir como una nueva era; la regla, el estudio, la piedad, pueden ocupar felizmente el sitio de la fantasía, del capricho, del trabajo indolente; pero sin más tardanza es ocasión de tomar con vigor al niño, de volver á emprender con energía la reconstrucción de los cimientos de su Educación, tan deplorablemente comenzada. Lo repito: aquí está el supremo deber del instructor, su más noble y laboriosa ocupación: *Hoc opus, hic labor est.*

II

NO BASTA CONOCER LOS DEFECTOS DE LOS NIÑOS; ES PRECISO HACÉRSELOS CONOCER Á ELLOS MISMOS

Trátase, pues, de realizar una obra de profunda corrección y extirpación: obra delicada, animosa, perseverante; pero indispensable. Sin esta labor profunda, podráse dar en la sobrehaz un barniz de urbanidad; se podrá dorar el exterior; pero á la postre y finiquito no se habrá hecho cosa de provecho: labor interior, labor que llegue hasta el fondo, hasta la raíz, es la que aquí necesitamos. Ahí es donde precisa, según la enérgica frase de los Libros Santos, arrancar y plantar, destruir y edificar: sí, al instructor de la juventud se le ha dicho también como al Profeta: *Ego posui te ut evellas et destruas, et ædifices et plantes.* Todo instructor de la juventud que así no lo comprenda, hágase cuenta que no sabe nada acerca de su verdadera misión.

En gracioso y poético lenguaje, decía Virgilio, al hortelano que cultiva plantas jóvenes:

«Cuando llega la estación primaveral, y el fruto, pronto á romper, cubre de abundantes flores el árbol que se ve forzado á doblar sus olientes ramas, ¡oh! entonces, entonces, obsérvalos con atención:

Contemplator item cum se nux plurimas sylvis
Induet in florem, et ramos curvabit olentes.»

Porque no todas esas flores darán en su día fruto: hay algunas que son esperanzas pérfidas, y que han de engañar dolorosamente al horticultor.

Lo propio diré yo á los que cultivan la juventud: esta edad se llama con razón la primavera de la vida; todo se abre, florece y se despliega en estas tiernas plantas, en estas almas jóvenes; pero miradlo bien, *contemplator*, considerad atentamente lo que hay en el fondo, mirad en el cáliz de estas flores y ved si son buenos ó malos los frutos que prometen. Mirad de cerca: primero para instruiros vosotros mismos, para que vuestra acción, más ilustrada, sea tambien más formal; y en segundo lugar, cuando hayáis descubierto la verdad, para amaestrar al niño, á fin de que pueda juntar su acción á la vuestra en contra de sí mismo.

Porque no se debe olvidar que en la corrección de los defectos, el maestro no puede nada por sí solo; es necesario que el niño trabaje con él: en esta obra no puede el niño quedarse en estado pasivo; debe cooperar por medio de su libre concurso: mas para ello necesita que lo instruyan acerca de sí. Es preciso que conozca sus defectos para trabajar en corregirlos; y ha de conocerlos por medio del maestro: el niño por sí

solo no podría llegar á dicho conocimiento. Muchas veces no pueden lograrlo hombres ya formales: ¡y lo va á poder un niño!

Sábese que es tan difícil como necesario conocer estos defectos; y aun por eso nada es tan raro como el conocerlos.

Hay personas que fácilmente conocen sus *faltas;* y eso es algo; pero no reconocen sus *defectos*, que son principio de aquéllas: lo cual sería muchísimo mejor y más necesario.

A ciertos vicios groseros los conocemos en globo; echamos una rápida mirada sobre nosotros para ver si estamos tiznados de ellos: pero como *los defectos*, mayormente en la juventud, no han todavía llegado á tal grado de malignidad que haga de ellos otros tantos vicios, nos vemos limpios de esas feas manchas, y nos creemos completamente seguros: y quizás en lo secreto del alma crecen y se fortalecen entre tanto los más formidables defectos.

En una casa de Educación cristiana, por ejemplo, difícil es que los jóvenes no conozcan sus faltas. Cada día y en mil circunstancias se les recuerdan sus deberes; y, en consecuencia, las transgresiones son harto evidentes para no ser notadas: son hechos sobre los cuales casi es imposible cerrar los ojos. Uno reconoce, pues, sus faltas, y toma sobre el particular resoluciones más ó menos acertadas y firmes; pero estas resoluciones son casi siempre ineficaces, porque no llegan hasta la raíz misma de las faltas que se cometen, porque en realidad de verdad no se conocen los defectos; porque no se quieren confesar los verdaderos defectos; porque casi nunca se examinan acerca de los defectos ocultos.

Y añado yo, que *no es menos raro el hallar quien nos ayude á conocernos á nosotros mismos: quien nos haga conocer nuestros defectos.* Tópase fácilmente un amigo que consienta en advertirnos de nuestras faltas: pero no se halla sino con mucha dificultad quien consienta en ilustrarnos acerca de nuestros defectos (1).

A la verdad, cosa es del todo diferente *avisar á uno de sus faltas y amonestarle sobre sus defectos.* Lo uno es cosa llana, si se quiere, hasta fácil: lo otro supone no sólo gran celo, sino reflexión, discernimiento de espíritu y animosa sinceridad.

Entre hombres formales la amistad, la sincera amistad, puede ser de grande ayuda en este particular; y sin embargo, ¡cuán raro es hallar quien ame tan de veras á su amigo, que quiera darse el mal rato de hacerle conocer sus defectos! Mas entre jóvenes y entre niños, sobre todo, ¿qué pueden ser estos amigables avisos, sino cuando mucho *ligeras advertencias sobre faltas mejor que sobre defectos?* Y se concibe. A los jóvenes fáltales experiencia y las demás cualidades requeridas para discernir sus defectos; y frecuentemente, cuando los hayan notado, ni tienen la autoridad necesaria para hacérselos conocer á sus condiscípulos, á quienes ni les habrá pasado por la cabeza pedirles tal

(1) Para la recta inteligencia de lo que sigue, precisa notar la diferencia que ponen los franceses entre las palabras *faute* y *défaut*. *Faute* (falta) es toda transgresión de una ley ó regla; así decimos también en castellano, falta contra gramática.. ; la *falta* es siempre un *acto*. *Défaut* (defecto) es la inclinación al mal, el hábito, la costumbre de hacer alguna cosa. — En castellano *defecto* es una *imperfección*. que apenas puede evitarse; *falta* es tanto como *culpa*. - Por acomodarnos más al original, hemos adoptado, siquiera por esta vez el partido de tomar las dos palabras en el sentido primeramente indicado. (N. del T.)

favor; ni tampoco tienen el raro valor de manifestárselos á los mismos que les preguntan sobre el particular. ¿Quién, pues, podrá prestar á los jóvenes tan importante servicio, sino aquéllos á quienes el cargo se lo impone como deber, es decir, los *Directores*, los *Profesores*, los maestros y los padres? Eso lo conocen perfectamente los niños, según expresaba uno de ellos en su recto buen sentido y nativa franqueza, escribiendo á un Superior: *Sólo V. pudiera avisarme fructuosamente.*

Pero lo diré con franqueza: al hablar de los defectos de los niños, pienso también en otros que no son niños; y al invitar á los maestros á estudiar con atención á sus alumnos, para mejor conocerlos y ayudarlos á corregirse, insisto en que los maestros hagan primero sobre sí propios y por su cuenta el mismo trabajo: y aun á mí mismo me doy igual prudente aviso. Nadie puede hablar de los defectos de la naturaleza humana sin ser como en cierto lugar dice la Iglesia, *memor conditionis suæ*, sin pensar en sí y en sus debilidades. Nadie, en efecto, es de mejor condición que sus hermanos; nadie tiene derecho para arrojar á su prójimo la primera piedra; y quien tiene por obligación el ofrecer tan graves prácticas enseñanzas, y, si así puedo expresarme, el dar lección á los otros, necesario es que primero se la haya dado á sí mismo.

Además, cada cual está aquí interesado como el que más; cada cual tiene mucho que hacer consigo mismo: y eso con toda seriedad. «No hay falta cometida por un hombre decía San Agustín, de la que no sea capaz otro hombre, si la gracia de Dios no le preserva de cometerla.» Todos estamos formados del mismo barro; todos participamos de la misma masa de original corrupción, que diría San Pablo, y como que después de

todo, cada cual es el obrero más inmediatamente encargado de cuidar de su propia salvación, el conocerse bien á sí mismo, el conocer sus propios defectos, para trabajar en extirparlos, es incontestablemente el punto de partida por donde se debe de comenzar.

Más aún: el conocimiento de sí mismo es también el medio mejor para conocer á los otros; y, por donde quiera que se lo mire, el mayor servicio que un instructor podría reportar de su oficio, sería, sin género de duda, el ser ilustrado, por una voz verdaderamente amiga y sincera, acerca de sus defectos personales.

¿Quién no sabe que una de las más sabias máximas proclamadas por la antigüedad es la contenida en aquellas concisas palabras. *Nosce te ipsum;* y que la más ordinaria plegaria de San Agustín á Dios era decirle: *Noverim te, noverim me?*

Un año, siendo yo superior del Seminario Menor de París, hablé á todos, maestros y colegiales, durante seis semanas enteras, media hora cada día, sobre este importantísimo asunto. No solamente tuvieron todos valor para escuchar las cosas duras y penosas que hube de decirles, sino que hasta, sin yo saberlo, tomaban sus notas y apuntaciones: precisamente la estenografía de lo que entonces dije constituye el fondo del presente libro.

Sea de ello lo que fuera, no creí yo, en el Seminario Menor de París, haber fundado bien la casa, hasta que hube encaminado todos mis esfuerzos á corregir todos los defectos, hasta que hube inspirado á los niños verdadero deseo de conocer á fondo todos sus defectos; y á los maestros, celo por avisárselos, por darles luz; y, á fin de mejor cumplir este deber con los alumnos, celo para avistarse á sí mismos y para ilustrarse ellos en primer lugar.

CAPITULO VIII

Diferentes clases de defectos.

Trátase pues,—y es negocio que á todos interesa—trátase de conocer sus defectos, y también los de los otros, si se tiene misión de corrigirlos: trátase de discernir, de descubrir los defectos en las faltas que los manifiestan, en los secretos pliegues del corazón que los esconden, y aun de verlos al lado de excelentes cualidades con las que se hallan mezclados, y cuya exageración ó mala aplicación son en muchas ocasiones. Dificultoso es este estudio y este descernimiento: no cabe dudarlo.

Dificultoso, sí; porque: *1.º hay defectos que no se conocen; 2.º los hay que no se quieren conocer; y 3.º hay otros que se conocen, pero que no se quieren corregir.*

Hay defectos que no se conocen; y es lo más perjudicial: germinan, se arraigan, se apoderan del alma silenciosamente, y cuando han producido amarguísimos frutos, es casi siempre muy tarde para desarraigarlos; por lo menos se hace muy difícil su completa extirpación: el alma es entonces semejante á viejo tronco, duro y nudoso, que ha echado en tierra raíces vivas, gruesas, entrelazadas, profundas; dicho tronco opone al brazo que lo quiere arrancar resistencia tenaz; y si á viva fuerza y á duras penas se consigue desarraigarlo, écha-